

Nuestras ciencias sociales en el siglo que concluyó

Más allá de que su tema es justamente el examen sistemático de la sociedad en sus diferentes aspectos, no existe acuerdo sobre lo que son las ciencias sociales.

Lorenzo Meyer

PROBLEMAS DE ALCANCE Y DEFINICIÓN

Es difícil, por no decir imposible, que una sola persona sea capaz de conocer y hacer justicia a la amplitud y complejidad del trabajo que en el siglo que concluyó se hizo en el área de las ciencias sociales en México y sobre México —dos cosas muy relacionadas pero distintas, puesto que una buena parte de los estudios sociales sobre México han sido elaborados en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos y Europa—. Lo que el lector encontrará en las líneas que siguen es un mero esbozo, sin ninguna pretensión de abarcar a plenitud siquiera una sola de las áreas en que la administración académica divide hoy el estudio del fenómeno social. Sin embargo, antes de entrar en materia es necesario enfrentar el siempre fastidioso problema de la naturaleza del asunto.

Más allá de que su tema es justamente el examen sistemático de la sociedad en sus diferentes aspectos, no existe acuerdo sobre lo que son las ciencias sociales. En realidad, el problema de definición de esta área del conocimiento humano arranca con el cuestionamiento de su naturaleza científic

ca misma. En Inglaterra, en 1982 y de manera oficial, se puso en duda que el título apropiado de una organización que recibía financiamiento público para el estudio de temas sociales fuera Social Science Research Council. La discusión a que dio lugar ese cuestionamiento llevó a un cambio de nombre, y la organización de marras es hoy el Economic and Social Research Council. Lo significativo del asunto fue la decisión de los interesados de aceptar que la materia de la institución era la investigación de lo “social”, y que un tema que debe seguir discutiéndose es si a tales actividades se les ha de considerar “ciencia” en el mismo sentido que la biología o la física.

En el origen de la ciencia occidental, en la Grecia clásica, el conocimiento más avanzado de los fenómenos tanto naturales como sociales podía ser dominado por una y la misma persona. Tal fue el caso de, por ejemplo, Aristóteles (384-322 a. C.), quien lo mismo incursionó en la filosofía, que en la política, en la biología, en la medicina y en la historia. El sabio de Estagira consideró que en todos los campos mencionados se podía emplear el mismo método: el científico, pues tan ciencia eran las matemáticas como la medicina o la política. Sin embargo,

lenta pero inexorablemente, la especialización se fue acentuando y, por tanto, la diferencia entre los campos del conocimiento humano hasta llegar a ser imposible el conocimiento enciclopédico. La filosofía natural derivó en diferentes ciencias naturales, y la filosofía moral en las sociales.

La idea de que era posible una sola ciencia social, de un gran esquema teórico que abarque todos los asuntos concernientes a la sociedad humana, y que mediante la aplicación del “método científico” se podía describir y explicar lo mismo procesos económicos que políticos, o estructuras sociales o productos culturales, se encuentra tanto en el positivismo del siglo XIX —dar prioridad a los hechos sobre la especulación, a lo útil sobre lo sin beneficio, a lo preciso por sobre lo vago y a lo positivo sobre lo negativo— que en el marxismo, donde a partir de una premisa básica —la lucha de clases como motor de la historia— se pretendió examinar y predecir el comportamiento de cualquier sociedad en cualquier tiempo, o de la humanidad entera, y en sus diversos aspectos —económicos, de estructura de clase, políticos o culturales—.

A mediados del siglo XX, y en buena medida como una reacción al marxismo, Talcott Parsons (1902-1979), en Estados Unidos y desde la economía, desarrollo una obra monumental que pretendió lograr ese poder explicativo global a partir del concepto de la “acción social”. El sistema parsoniano se basó en cuatro subsistemas fuertemente entrelazados y funcionales cada uno para el resto: la economía, la política, la cultura y la estructura social. Peter Blau, un sociólogo austriaco que desarrolló su carrera en la Universidad de Chicago, hizo un intento de llegar a una explicación igualmente globali-



En la Grecia clásica el conocimiento más avanzado de los fenómenos naturales y sociales podía ser dominado por una y la misma persona

zadora en *Exchange and Power in Social Life* (1964). Sin embargo, el gran esfuerzo de la segunda mitad del siglo XX en materia de teoría social marchó por otro camino: el de las teorías de alcance intermedio y de la investigación empírica, minuciosa y, de preferencia, cuantitativa.

Al concluir el siglo XX, y cuando ya había desaparecido la gran confrontación entre las dos superpotencias que se

disputaron el dominio del mundo material e intelectual después de la segunda Guerra Mundial —Estados Unidos y la Unión Soviética—, quedó claro que, por lo que hacía al campo de lo social, la realidad era la especialización, la pluralidad y la competencia de enfoques teóricos limitados en cada una de las diferentes ramas.

La estructura académico-administrativa ha subdividido el ámbito de estudio de lo social en grandes campos: economía, política, sociología y antropología, cada una con subdivisiones o especialidades interdisciplinarias, que van en aumento. Hubo resistencia de algunos de sus practicantes a incluir a la historia —la más vieja e interesante de las aproximaciones a la explicación del fenómeno social— entre las ciencias sociales, debido a que su materia es el estudio de sucesos únicos e irrepetibles y sin pretender establecer regularidades, leyes o predicciones, que es el objetivo del resto de las disciplinas. Sin embargo, como lo señaló Marc Bloch, la historia es la ciencia de los hombres en el tiempo, la que une “el estudio de los muertos con el de los vivos”, y por tanto debe entrar como parte del conjunto de las ciencias o disciplinas sociales.¹ Además, en la práctica, los casos particulares de los historiadores pueden y suelen ser materia prima de economistas, sociólogos, politólogos, antropólogos y demás investigadores de fenómenos sociales.

EL INICIO EN MÉXICO

Si alguna generalización se puede hacer sobre la naturaleza y el desarrollo del estudio de los fenómenos sociales en México, es en un sentido negativo: sólo de manera muy indirecta pueden reclamar originalidad teórica. En efecto, en México la historia de la ciencia en sentido estricto arranca con la conquista europea, pues si bien el conocimiento sobre su entorno físico, social o histórico de las civilizaciones originales de Mesoamérica y Aridoamérica era enorme, y a veces muy preciso y útil, no estaba encuadrado por un marco científico. Es por ello que el desarrollo de las disciplinas científicas en el hemisferio occidental se inicia como parte de la colonización europea, y está sobredeterminado por el carácter de sociedades colonizadas y subordinadas. Cuando México se transformó en país independiente pero mantuvo su carácter de sociedad periférica y subdesarrollada, su ciencia no pudo

¹ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 40.

sustraerse de esas mismas características. Si en materia de minería y geología —recuérdese que la exportación principal de la Nueva España era la plata— el México colonial contó con una base científica institucional dependiente pero avanzada, no se puede decir lo mismo en el área de lo social, entre otras cosas porque la propia España había quedado rezagada del resto de la Europa occidental en ese campo.

En México la historia de la ciencia en sentido estricto arranca con la conquista europea

La explicación de la naturaleza de la sociedad mexicana en la época colonial es básicamente histórica y antropológica (aunque el término aún no se usaba), no muy sistemática y con un sello religioso muy fuerte. Un buen ejemplo de esto último es el guadalupanismo de Lorenzo Boturini (1702-1755), un milanés entusiasta de aplicar la filosofía de la historia de Gianbattista Vico a la de la América Septentrional.² El primer análisis sistemático de lo que era la sociedad y la economía del reino de la Nueva España, un estudio social a la altura de la modernidad de los tiempos, debió esperar hasta el inicio del siglo XIX y fue obra de un científico alemán: el naturalista Alexander von Humboldt, que entre 1807 y 1811 publicó en París su famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Por un buen tiempo, la obra de Humboldt fue la mejor forma en que los europeos no

² Véase el planteamiento que hace Álvaro Matute en torno a la obra de Boturini —*Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* (1746)— en *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

españoles pudieron aproximarse a la naturaleza física, social y económica del México independiente.

El caótico siglo XIX mexicano no fue precisamente el mejor ambiente para el desarrollo de la investigación social sistemática. El marco institucional era conflictivo y pobre en extremo —resultado de las guerras civiles y contra el invasor y a un déficit fiscal sistemático—, lo que impidió hasta casi el final del siglo dedicar recursos a la educación superior y a la investigación. En un ambiente de pobreza económica e inestabilidad política, los pocos intentos notables de análisis de lo que había sido y era la sociedad mexicana en su conjunto estuvieron muy lejos del conocimiento desinteresado de la realidad —supuestamente el modelo ideal de la ciencia—. Las grandes

La naturaleza de la sociedad mexicana en la época colonial es básicamente histórica y antropológica, y con un sello religioso muy fuerte

obras de la época fueron históricas, y sus tesis sirvieron menos para afianzar enfoques o esquemas teóricos y más para defender posiciones políticas muy concretas. Se trató de “historias de combate”, como fueron los casos de Lucas Alamán (1792-1853) o José María Luis Mora (1794-1850), por sólo citar un par de conspicuos intelectuales y políticos militantes guanajuatenses de posiciones encontradas —conservador el primero y liberal el segundo— de la primera mitad del siglo XIX. Alamán, un seguidor de Edmund Burke, concluyó el último de los cinco volúmenes de su *Historia de México*

desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente (1849-1852) con lo que era un proyecto político para el último gobierno de Santa Anna. Mora, en *Méjico y sus revoluciones* (1836) combatió tanto la dominación española como la violencia social que se desató con la revolución encabezada por Hidalgo, y que le afectó personalmente. En contraste, Lorenzo de Zavala hizo una interpretación muy positiva de la lucha encabezada por Hidalgo y continuada por Morelos en su *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico, desde 1808 hasta 1830* (1831-1832). Superada la etapa de la guerra civil y en la cumbre de la estabilidad de la dictadura porfirista, Justo Sierra, positivista y miembro connotado de la élite del poder, interpretó en *Evolución política del pueblo mexicano* (1900-1902) el proceso histórico y político de México como uno que final e inevitablemente debía desembocar en la concreción de los principios liberales.

LA REVOLUCIÓN

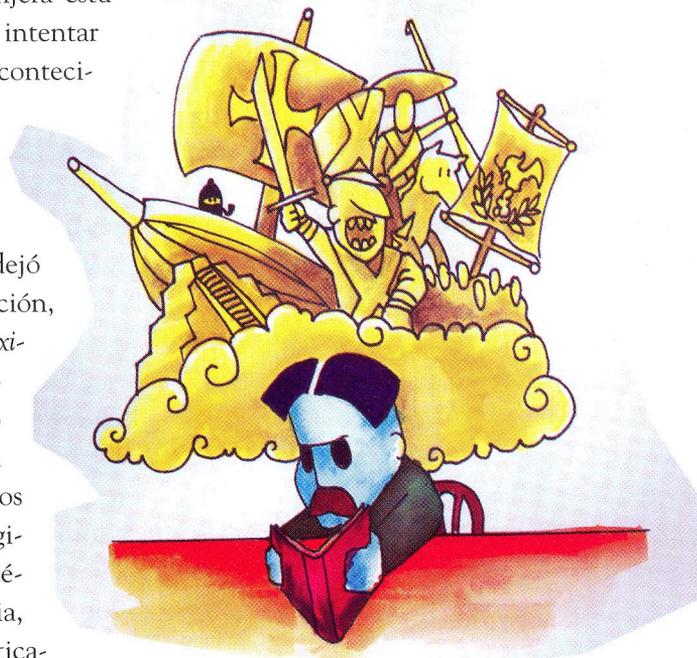
El análisis más complejo y completo del México social, económico y político, que estaba a punto de experimentar una cruenta revolución, lo hizo un mexiquense que puede ser clasificado como una mezcla hoy inaceptable por la academia: jurista, politólogo, antropólogo, economista, historiador y sociólogo: don Andrés Molina Enríquez (1868-1940). En *Los grandes problemas nacionales* (1909), y combinando elementos raciales y de clase, Molina Enríquez elaboró la mejor descripción contemporánea de la estructura social, económica, política y cultural del México porfirista. Quien se preguntara entonces por las causas de la Revolución mexicana, tenía en Molina Enríquez —también participante en el proceso— los mejores instrumentos para empezar a encontrar la respuesta de fondo.

La Revolución mexicana se convertiría en acicate y tema de múltiples estudios y explicaciones políticas, económicas y sociales, pero mientras fue un fenómeno en movimiento, quienes la protagonizaron, vivieron y padecieron casi no tuvieron tiempo ni condiciones para hacer análisis de tan violento y complejo hecho. Por ello, los mejores intentos de mexicanos por explicar el México revolucionario mientras el proceso estaba aún vivo provinieron no de las ciencias sociales sino de la literatura. En el mismísimo año de 1911, Mariano Azuela escribió *Andrés Pérez, maderista* para luego dar forma a su obra maestra: *Los de abajo* (1916); Martín Luis

Guzmán se enfrentó a la siguiente etapa del movimiento armado con *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Ya en la posrevolución, la literatura siguió aportando descripciones y explicaciones interesantes sobre el fenómeno social mexicano, como bien lo demostraron Juan Rulfo (1918-1986) en *El llano en llamas* (1953), Octavio Paz (1914-1998) en *El laberinto de la soledad* (1950) o Carlos Fuentes en *La región más transparente* (1958), por citar sólo un puñado de ilustres ejemplos por su alta calidad.

Al estallar la revolución, la academia extranjera estuvo en mejores condiciones que la nacional para intentar los primeros análisis a fondo de los dramáticos acontecimientos políticos y sociales que tuvieron lugar en México a partir de la caída del régimen porfirista. Un joven harvardiano de izquierda, John Reed (1887-1920), en calidad de periodista y antes de ser atraído por la Rusia revolucionaria, dejó publicadas imágenes espléndidas sobre la revolución, primero en periódicos y después en *Insurgent México* (1914). Ernest Gruening (1887-?), un médico también de Harvard que se dedicó al periodismo y luego a la política, y contó con el apoyo de la élite revolucionaria, elaboró uno de los primeros análisis globales de las instituciones del nuevo régimen en *Mexico and its Heritage* (1928). Otro académico de izquierda de la Universidad de Columbia, Frank Tannenbaum (1893-1969), visitó sistemáticamente a México a partir del inicio de los años veinte, y fruto de su observación e investigación fueron *The Mexican Agrarian Revolution* (1928), *Peace by Revolution: Interpretation of Mexico* (1933) y, finalmente, *México: The Struggle for Peace and Bread* (1950). Anita Brenner (1905-1974), también ligada a Columbia, en *Idols Behind Altars. The Story of Mexican Spirit* (1929) —obra que publicó a los 24 años, cuyo origen fue periodístico y que resultó un éxito de librería en Estados Unidos— buscó sustituir la imagen del “México bárbaro” por aquel en el que la revolución social había desatado una energía creadora largamente acumulada, que se expresaba lo mismo en la reforma agraria que en su renacimiento artístico. Sin miedo a la interdisciplina, el de Brenner es un trabajo de historia, antropología, sociología y crítica del arte.

En los años treinta, dos estudios estadounidenses de los movimientos obrero y agrarista producto de la Revolución mexicana fueron el centro de sendos trabajos de



Los mejores intentos de mexicanos por explicar el México revolucionario no provinieron de las ciencias sociales, sino de la literatura

investigación que también buscaron legitimar al nuevo régimen mexicano, subrayando lo positivo del cambio en la arena laboral y agraria. Se trató de *Organized Labor in Mexico* (1934), de Marjorie Ruth Clark, y *The Ejido. Mexico's Way Out* (1937), de Eylor Simpson.

El nacionalismo y, en particular, el intento de comprender para resolver el eterno problema indígena fueron el disparador para que académicos-funcionarios como Manuel Gamio (1883-1960), también educado en la Universidad de Columbia —la etapa violenta de la Revolución mexicana coincidió con el tiempo transcurrido entre la obtención de su maestría y su doctorado— llevaran a la arqueología, a la antropología social y al indigenismo mexicanos a grandes alturas con obras como *Forjando patria* (1916) o *La población del valle de Teotihuacan* (1922). Se trató de una antropología comprometida, práctica, que buscó la forma de integrar a los indígenas en el centro de la nacionalidad mexicana y en el nuevo régimen.

LA POSREVOLUCIÓN

Una de las características más notables del México posterior a 1940 es la estabilidad política y el crecimiento económico sostenido. Esa estabilidad se dio en el marco de

**A partir de 1939,
un grupo de notables
académicos,
expulsados de España,
aumentó el nivel
de las disciplinas sociales
en México**

un autoritarismo moderado, donde el poder político prefirió cooptar más que reprimir. En ese ambiente, la práctica de los científicos sociales se vio influida menos por la censura o la represión —que existieron— y más por la atracción e influencia del poder sobre su actividad y orientación mediante la apertura de oportunidades en la estructura administrativa y el ofrecimiento de recursos y prestigio. Un hecho inesperado, la presencia a partir de 1939 de un grupo significativo de académicos de primer nivel expulsados por la victoria de Francisco Franco en España —historiadores, filósofos, antropólogos o sociólogos— aumentó el nivel de las disciplinas sociales en México.

Durante la segunda Guerra Mundial, México se situó al lado de las democracias. Terminado ese gran conflicto, la nueva división del sistema mundial en dos bloques antagónicos —el estadounidense y el soviético—, cuyas ideologías influyeron en los grandes paradigmas de las ciencias sociales, tuvo un inevitable impacto en el medio académico mexicano. Mientras el gobierno adoptó una posición que se puede calificar de “anticomunismo discreto”, en los centros de docencia e investigación que se establecieron o crecieron como resultado de la estabilidad política, el crecimiento económico y el gasto público en educación, los enfoques marxistas y antimarxistas entablaron un ríspido diálogo, y pese al ambiente anticomunista, en el ámbito académico el marxismo hizo avances significativos, sobre todo después del triunfo de la Revolución cubana en 1959.

La revista *Problemas agrícolas e industriales de México*, dirigida por Manuel Marcué Pardiñas es, quizá, el mejor sitio para encontrar la literatura nacional y extranjera —las traducciones eran su fuerte— más representativa e interesante de las ciencias sociales en México o sobre México a mediados del siglo XX. *Cuadernos americanos*, aunque abierta a todo el ámbito continental, resulta otra fuente indispensable para la visión global sobre el México político, económico o social de mediados del siglo, como también lo son las revistas especializadas que aparecieron entonces o poco después: *El Trimestre Económico*, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, *Revista Mexicana de Sociología*, *Historia Mexicana*, *Foro Internacional*, *Economía y Demografía*, etc. Finalmente, un resumen interesante del estado del arte en el estudio de la economía, la política, la sociedad y la cultura mexicanas —aunque sesgado en favor de la optimista visión oficial— se encuentra en las varias docenas de artículos especializados producto de las plumas de políticos, funcionarios y académicos, que integraron los cuatro

tomos publicados por el Fondo de Cultura Económica: *México, 50 años de revolución* (1960).

Si es necesario seleccionar las obras clásicas de la época, entonces una sería la de José Iturriaga, *La estructura social y cultural de México* (1951), que es el primer intento por dar una visión general de los cambios en la estructura de las clases que había generado la Revolución mexicana. La otra aparecería tres lustros después: *La democracia en México* (1965) de Pablo González Casanova. Se trata de una interpretación general de la estructura social mexicana que combina tanto elementos del enfoque marxista como del funcionalista —el autor estaba al tanto de los principales enfoques de las ciencias sociales en Estados Unidos y Europa—, y que tras usar la mejor información cualitativa y cuantitativa disponibles, hace la vivisección del sistema político y social del México posrevolucionario para concluir sosteniendo la necesidad imperiosa de hacer real lo que era sólo una democracia formal y distribuir de manera menos inequitativa los frutos del crecimiento económico, pues de lo contrario la dinámica del país se encaminaba a un callejón sin salida. Tres años más tarde, en 1968, se produjo el sangriento choque entre el presidencialismo autoritario y el movimiento estudiantil mexicano y el régimen empezó su largo proceso de descomposición.

En la antropología, Ricardo Pozas Arciniega, en *Juan Pérez Jolote, biografía de un tzotzil* (1948) refleja de manera extraordinaria el impacto concreto —logros y debilidades— de la política indigenista revolucionaria en la vida de un indígena del sureste mexicano.

En el campo de la política, la academia extranjera, en particular la estadounidense, elaboró sistemáticamente interpretaciones relativamente favorables del sistema controlado por un partido de Estado (PRI), pero que a cambio de una práctica antidemocrática, corporativa y populista, dio seguridad política a la gran frontera sur de Estados Unidos durante toda la época de la “guerra fría”. Ejemplos notables de esos estudios son el de Howard F. Cline en *The United States and Mexico* (1953) y su secuela, *Mexico, Revolution to Evolution* (1963); Robert Scott, con *Mexican Government in Transition* (1959) o Vincent Padgett con *The Mexican Political System* (1966). Pese a la funcionalidad del autoritarismo mexicano para la política latinoamericana de Washington, el conflicto del 68 y su corolario, la matanza de Tlatelolco, llevaron a la aparición de enfoques relativamente más críticos, como el de Roger D. Hansen, que en *The Politics of Mexican*

A pesar del ambiente anticomunista, en el ámbito académico el marxismo hizo avances significativos, sobre todo después del triunfo de la Revolución cubana en 1959

Development (1971) llama al PRI “la cosa nuestra”, o el de Evelyn Stevens, *Protest and Response in Mexico* (1974), que explica y justifica la protesta contra el régimen por parte de estudiantes, médicos y otros agraviados por la antidemocracia.

La economía mexicana fue objeto de una visión general positiva por parte de William Glade y Charles W. Anderson en *The Political Economy of Mexico* (1963) y de Clark Reynolds en *The Mexican Economy. Twentieth-Century Structure and Growth* (1970), pero también hizo lo mismo un economista mexicano, Leopoldo Solís en *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas* (1970). Solís, en algún punto, hizo referencia, de pasada, de una visión alternativa, la de Raymond Vernon, que contenía un anuncio exacto y muy adelantado —¡por 19 años!— de las causas de su futuro estancamiento: en *The Dilemma of Mexico's Development* (1963), Vernon señaló que la etapa fácil de la sustitución de importaciones iba a llegar a su fin y que México no estaba en la posibilidad de seguir basando su crecimiento real de 3% anual en un mercado interno protegido y con una racionalidad que no era enteramente la del mercado o la del sector público.

DESPUÉS DEL 68

El conflicto del 68 pareció dejar poca huella en la sociedad mexicana en general, e incluso en el sistema político, pero en el campo de las ciencias sociales tuvo un impacto de fondo. Las universidades públicas habían creado ya un grupo considerable de investigadores profesionales, muchos con posgrado en instituciones extranjeras —estadunidenses y europeas— que buscaron explicar y cuestionar el sistema político, económico y social imperante. De las universidades también salió una buena parte de quienes formaron los pequeños grupos guerrilleros que, empujados por el autoritarismo y alentados por el ejemplo de la Revolución cubana, buscaron en la violencia revolucionaria la llave para abrir la puerta al cambio sustantivo.

Daniel Cosío Villegas hizo una crítica del presidencialismo autoritario desde posiciones liberales y democráticas

En la ciencia política, la sociología, la historia, la antropología y la economía, el enfoque marxista en sus diferentes variantes —las inspiradas por los franceses e italianos fueron dominantes, pero no exclusivas— tuvo una influencia notable, aunque naturalmente, a su lado también se desarrollaron enfoques de inspiración liberal, algunos bastante cuantitativos, ligados a los centros de estudio estadunidenses en Harvard, Chicago, Yale, Princeton, Stanford o Texas, entre otros. Un trabajo representativo, entre otros posibles, es el de Rafael Segovia: *La politización del niño mexicano* (1975), producto de encuestas y

cuyos resultados estadísticos muestran la funcionalidad entre la cultura política imperante y el sistema de poder: ambos autoritarios. En cualquier caso, y aunque al orden establecido nunca le faltaron defensores, la complacencia con la que los académicos habían visto el desarrollo mexicano de la posguerra se vio quebrada por la crítica y el cuestionamiento del orden existente.

Sería necesario un listado de decenas, centenas de trabajos notables en el México que se encaminaba a una larga y contradictoria transición de sus sistemas político y económico. Algunos casos representativos del trabajo de esa época desde posiciones de izquierda —las que buscan en los orígenes del sistema posrevolucionario la explicación de su autoritarismo y de su fracaso social— tienen, en materia política, un buen ejemplo en el libro compilado por José Luis Reyna y Richard S. Weinert, *Authoritarianism in Mexico* (1977). Peter Smith, en *Labyrinths of Power* (1979), hace un análisis cuantitativo y cualitativo de la élite política mexicana y, al final, descubre la naturaleza de los mecanismos antidemocráticos que le permitían a un grupo mantener el control monoplítico del poder.

Historia y política se mezclan muy bien en las obras de Arnaldo Córdova: *La formación del poder político en México* (1972), *Ideología de la revolución mexicana* (1973) o *La política de masas del cardenismo* (1974); de Luis Javier Garrido, con *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México, 1928-1945* (1982), o de Juan Felipe Leal, en *La burguesía y el Estado mexicano* (1972), y en todos los casos el resultado es una crítica severa del origen y evolución del sistema político imperante. La economía también tuvo su enfoque de izquierda en autores como José Luis Cedeña, Alonso Aguilar o Jorge Carrión —*México en la órbita imperial* (1970), *Economía política y lucha social* (1970), *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (1972)—. Algunos de los mencionados no se habían formado como economistas profesionales, y por ello fue necesario esperar a la siguiente generación para lograr un manejo más fino de los instrumentos de análisis económico desde la izquierda, como fue el caso de Rolando Cordera o Carlos Tello, que como coautores publicaron *La disputa por la nación* (1981).

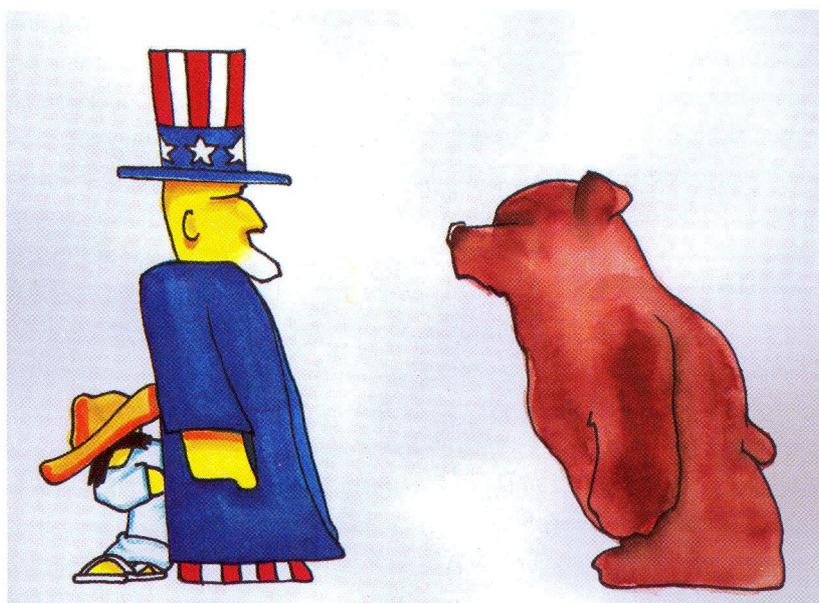
La antropología, de tiempo atrás identificada con la izquierda de la Revolución mexicana, también contribuyó a poner en duda la obra misma de la posrevolución en el campo y entre los grupos indígenas. Trabajos representativos de este enfoque y propósitos son los de Arturo Warman,

...Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado nacional (1976) o de Guillermo Bonfil, *México profundo. Una civilización negada* (1988).

La historia profesional avanzó enormidades en calidad y cantidad. Edmundo O'Gorman (1906-1995), tras abordar temas de teoría de la historia, en *La idea del descubrimiento de América* (1951) y *La invención de América* (1958) entró en diálogo constructivo con sus iguales en otras latitudes sobre conceptos y temas que rebasaban el ámbito mexicano para entrar de lleno en el universal. El apoyo institucional nacional, pero también el extranjero, permitió a Daniel Cosío Villegas (1898-1976) reunir en El Colegio de México (Colmex) un gran equipo de historiadores y producir a lo largo de varios años de trabajo cotidiano e intenso en archivos y hemerotecas su enorme *Historia moderna de México* (1953-1973), que abarca la vida política, económica y social de la república restaurada y el porfiriato.

Años más tarde, otro conjunto de científicos sociales —historiadores, politólogos y sociólogos—, y también bajo la dirección de Cosío Villegas, publicaron en más de veinte volúmenes la historia de la etapa siguiente: *Historia de la revolución mexicana* (1977-1995). Estas historias surgieron de un esfuerzo intelectual con raíces políticas: explicar el fracaso de la Revolución mexicana en crear el orden que había prometido. En sus tres últimos y pequeños libros —ensayos sobre el sistema político de los años setenta—, Cosío Villegas hizo una crítica del presidencialismo autoritario desde posiciones liberales y democráticas; se trató de *El sistema político mexicano* (1972), *El estilo personal de gobernar* (1974) y *La sucesión presidencial* (1975). Desde la izquierda, Enrique Semo elaboró otra gran visión en varios volúmenes, *México, un pueblo en la historia* (1981-1983).

Luis González y González, con *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* (1968), puso a la microhistoria mexicana en la vanguardia de la disciplina —la obra se ha traducido a varios idiomas y se usa en universidades extranjeras— y dio legitimidad a un modo narrativo que abandonó conscientemente el estilo académico por un habla más



Luis González y González dio legitimidad a un estilo narrativo más coloquial, en un esfuerzo por acercar la historia profesional al ciudadano de a pie

Edmundo O'Gorman entró en diálogo constructivo con sus iguales en otras latitudes sobre conceptos que rebasaban el ámbito mexicano para entrar de lleno en el universal

coloquial en un esfuerzo por acercar la historia profesional al ciudadano de a pie. Enrique Florescano, en *Precios del maíz y crisis agrícolas en México* (1969), ejemplifica el esfuerzo por poner al día los métodos de la investigación histórica mexicana con los del resto del mundo; sus últimas obras, de carácter muy general —por ejemplo, *Memoria mexicana* (1987)—, son muestra de que el historiador mexicano puede pasar de lo local y minucioso en extremo —las series de los precios de los granos— a interpretaciones sobre la evolución de sociedades enteras.

EL FIN DEL RÉGIMEN

La crisis política del 68 finalmente no se resolvió, y en 1982 fue alcanzada por la crisis estructural de la economía. Al fraude electoral abierto de 1988 le siguió un esfuerzo por parte de la élite política por introducir un gran cambio en el modelo económico —del crecimiento basado en el mercado interno a la apertura total y a la globalización; de la economía mixta a la economía de mercado—, pero sin abandonar el

monopolio del poder por un partido; se trató de una *perestroika* sin *glasnost* que, al final, resultó imposible, y en las elecciones del 2000 el viejo régimen autoritario dio paso a uno nuevo y, en principio, democrático. Este prolongado y muy difícil proceso de transición se reflejó, y fue alentado, en y por los estudios sociales, producidos por una comunidad de académicos mexicanos y extranjeros cada vez mejor preparados y muy al tanto de los avances en sus respectivas disciplinas.

Como en otros momentos, la literatura también buscó explicar y alentar el cambio. Tres ejemplos de muchos posibles: Carlos Monsiváis con sus innumerables artículos en el diario *La Jornada* o libros como *Entrada libre* (1987) o *Escenas de pudor y liviandad* (1988); José Agustín y sus tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* (1990-1998), o Carlos Montemayor y *Guerra en el paraíso* (1991). Los tres autores, por la calidad de la prosa y la naturaleza de su exploración de la descomposición del régimen, resultaron grandes éxitos de librería.

En el campo de la historia, por ejemplo, en *Etnia, Estado y nación* (1996), Enrique Florescano apoya una interpretación de las relaciones de las sociedades indígenas y la nación mexicana que da paso a la aceptación de un marco jurídico favorable a la demanda de autonomía de las comunidades indígenas, tema que se puso en la agenda nacional con el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas en 1994. Elisa Servín, a la luz de la creciente oposición que enfrentaba el PRI después de 1988, revisó lo acontecido en 1954 —otra ruptura interna y otro fraude— en *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954* (2001). La historia de los partidos de oposición que dejaron de ser marginales adquirió importancia, y un ejemplo son Soledad Loaeza con *El Partido Acción Nacional. La larga marcha, 1939-1994* (1999) y Kathleen Bruhn con *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico* (1996).

En el análisis político, la crisis del partido de Estado y el surgimiento de una verdadera alternativa partidista fueron el acicate que llevó a Luis Javier Garrido a elaborar *La ruptura. La corriente democrática del PRI* (1993). Ante la inminencia del derrumbe del sistema autoritario más viejo del mundo, una colaboración de académicos mexicanos y estadounidenses produjo una serie de estudios sobre el presente y el futuro compilada por Wayne Cornerlius, Judith Gentleman y Peter Smith, *Mexico's Alternative Futures* (1989). Los estudios electorales no habían sido importantes en un siste-

ma caracterizado por elecciones sin alternativa, pero cuando la alternativa se hizo evidente, hubo también la presencia de ese tipo de trabajos, como los de Juan Molinar, *El tiempo de la legitimidad. Elecciones, autoritarismo y democracia en México* (1991), o de Silvia Gómez Tagle, *La transición inconclusa. Treinta años de elecciones en México* (1997).

La crisis económica y la transformación del modelo económico mexicano han producido docenas de artículos muy especializados gracias a la pluma de economistas mexicanos y extranjeros. Un buen resumen de esa literatura muy especializada que examina el camino a la crisis se tiene en Bladimiro Brailovsky, Rolando Clarke y Natán Warman, *La política económica del desperdicio: México en el periodo 1982-1988* (1989) y Nora Lustig, *Mexico, the Remaking of an Economy* (1998), examen del cambio hecho bajo los gobiernos de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas... y de sus costos, sobre todo en el área de la pobreza.

Al lado de la producción impulsada e impulsora del cambio en el México del siglo XX, continuó desarrollándose una impresionante producción de investigaciones de muy alta calidad que no estaban ligadas directamente a la crisis de la economía, la política o cualquiera de las otras áreas que conforman el ancho mundo de las disciplinas sociales. Se siguió estudiando en las instituciones de la capital del país, pero también en centros de calidad establecidos en varios estados, lo mismo el México colonial que el fenómeno demográfico, el urbano, el ecológico o el burocrático, el desarrollo regional, etc.; lo mismo la naturaleza de fenómenos muy propios de la preocupación del investigador de archivo que los urgentes y actuales, como el narcotráfico o la migración. En cualquier caso, el gremio de los científicos sociales creció al punto de que dio para lo urgente y para lo importante, para lo que cambiaba y para lo que permanecía. Los apoyos institucionales a la investigación, siempre limitados, se mantuvieron a pesar de la prolongada crisis de la economía.

Este artículo, que ya se ha extendido mucho, no puede concluir sin reafirmar lo señalado en el inicio: la bibliografía de las ciencias o disciplinas que buscaron encontrar, describir y explicar los problemas y misterios de la sociedad mexicana a lo largo del siglo XX, es enorme. Muchos y muy buenos trabajos quedaron fuera de estas páginas por desconocimiento del autor o por falta de espacio. Una propuesta final: la calidad de una parte de lo producido por los profesionales del estudio de lo social no es buena, pero en todas las áreas hay ejemplos de excelencia. Sería deseable que en

La calidad de una parte de lo producido por los profesionales del estudio de lo social no es buena, pero en todas las áreas hay ejemplos de excelencia

el siglo que ahora se inicia, la ciencia social mexicana se desprendiera más del objeto mexicano para adentrarse en eso que apenas intenta en un puñado de instituciones: abarcar fenómenos fuera de nuestras fronteras. Sería ése un buen camino para lograr lo que, en general, aún no tiene: originalidad sustantiva.

Lorenzo Meyer es egresado de El Colegio de México, donde obtuvo la licenciatura y el doctorado en relaciones internacionales. Realizó estudios de posdoctorado en ciencia política en la Universidad de Chicago. Reconocido analista del sistema político mexicano, se desempeña como investigador y académico en el Centro de Estudios Internacionales del Colmex, y como profesor visitante y comentarista en varias instituciones y en medios de comunicación. Ha impartido numerosas conferencias y seminarios y se ha hecho merecedor de varios premios y distinciones.